

## Don Alfonso de América

Por Pedro Juan LABARTHE

(En Rep. Amer.)

Recordarlo es vivir momentos de sabiduría y erudición. Repasar su biblioteca alfonsina hace creer en la línea directa, hilo umbilical que la empalma al sabio rey don Alfonso X de Castilla. Oírle hablar es cosa de parangonarle con los más selectos del Renacimiento español e italiano y con el siglo de plata griego. Estrechar su mano es sentir el calor sereno de una amistad firme y sin dobleces. Oírle es oír la voz no grabada en placas pero oír la voz en ondas de siglos, como piedrecitas de oro en el mar Mediterráneo y ver los círculos tocar riberas de pueblos civilizados.

Así se me presentó y se me presenta con Alfonso Reyes de Monterrey del México de emperadores y de virreyes y de Juárez y Zapata y Cárdenas.

Se me ocurre de que por lo de Alfonso y de Reyes y Monterrey, se le pueda bautizar con el nombre de don Alfonso de América, recordando a los buenos Alfonsos reyes de Castilla, de la España inmortal.

Hoy este nuestro don Alfonso, don Alfonso de todos, cumple cincuenta años con la inmortalidad en las letras: bodas de puro oro en la pluma y argentina en el habla. ¡Qué "causer" más elegante! Acaso un Wilde, un Lorca o un Cocteau o un Ortega y Gasset. A tres de los mencionados conocí y conozco y don Alfonso se me hace arcilla del mismo monte quemado por el mismo fulgor.

Intimo este "reyes" sabio es la amabilidad y sinceridad puras. Por años nos conocimos a través de cartas y lecturas de trabajos mutuos. Una vez que llegamos a México, fue cosa de una llamada telefónica y luego un abrazo de viejos amigos.

¡Su biblioteca! ¿Quién la heredará para beneficio de los agraciados? Mientras la por su esposa para ser presentado a ella, atrevíme a sacar y colocar libros de los estantes. Ocho saqué y noté anotaciones y dedicatorias. Las visitas se multiplicaron y ya más con reposo y "atrevimiento" volví a sacar y a colocar libros de los estantes. ¿Había él leído esos miles y miles de ejemplares? Un sí rotando. Ahora que le conozco soy zafio y digo que lo dudé. Cuanto escritor "bro-



Alfonso Reyes

(1950)

ta" de nuestras tierras hispanas envía su primer libro a don Alfonso y el joven escritor recibe una tarjeta con un comentario o una carta. ¿Sería posible cuando yo atestigüé una mañana el correo con más de dos docenas de libros? Sí, don Alfonso consume y digiere la lectura de esos libros y en varios idiomas.

Hablo al mundo ahora. Si Lope de Vega fue el fenómeno de la naturaleza de su siglo escribiendo en horas veinte y cuatro dramas que pasaban de la mesa al teatro, don Alfonso de América en horas veinte y cuatro lee libros que van de su escritorio a su biblioteca y clasificados.

¿Cuándo duerme? ¿Cuándo escribe? Duerme en sus sueños despiertos y produce soñando. Hemos temido por su salud, pero moriría de pena si no cantara en poesía, si no criticara las obras que le llueven, sino leyera o descubriera a un nuevo griego o latino o si no escribiera epístolas literarias a Maurois o a Toynbee o a la Mistral.

Muchos, admirándole y queriéndole han comparado su estilo y palabra con la Obra de Ortega y Gasset. Es honor que se le hace a cualquier escritor en nuestro mundo hispano compararlo con el aticista español desaparecido recientemente. Don Alfonso de Monterrey tie-

ne su propio crisol. Habla y escribe con propiedad como deben hablar y escribir todos los que desean ser príncipes o "varones" de la lengua. Don Alfonso es rey de la lengua. Así como los ingleses dicen; "The King's English" para significar perfección. Su tránsito y repaso por literaturas extranjeras y leídas en los idiomas en que fueron escritas le han dado matices y él ha fabricado su estilo: herrero de oro, orfebre cellinesco de nuestro siglo. Hay un estilo alfonsino que se imitará, pero será sombra.

Son casos únicos con los maestros de las letras y en las artes. Hubo un Goya y malos imitadores. Hubo un Beethoven y mediocres imitadores. Hubo un Darío y raros buenos imitadores. Ortega enseñó a escribir con claridad maravillosa y a observar cuidadosamente las cosas. Enseñó hasta filosofar sobre el marco de un retrato o sobre unas fuentecitas parlanchinas. Don Alfonso (no Alfonso sin título) nos da disciplina en la escritura y en la crítica y enseña caballerosidad con el propio ejemplo suyo de gran caballero. Volvamos a recordar el principio de este elogio — no importa quién es el "brote" nuevo que le escriba, don Alfonso no le deja en larga espera, en el desaliento. Acusa recibo y alienta: ¡Humano!

Por los dioses olímpicos, esos que le queman divinamente la púa de su pluma, Americanos y Universales, desémosle, no para colocarlo entre los inmortales, ya que él ganó con oro de aniversario su inmortalidad, pero desémosle para honra y orgullo nuestro el Premio Nobel. Ya es tiempo maduro que le llegue el laurel azul. Diez años después de a Gabriela y con el aniversario (trescientos cincuenta años) del Quijote. Americanos y españoles, es este Don Alfonso tan de Monterrey en México como de Mendoza en la Argentina o del Cuzco en el Perú o de Ponce de Puerto Rico o de Alcalá de Henares. Estamos en deuda con él, con don Alfonso de América, príncipe de las letras hispanas.

Illinois Wesleyan University,  
Bloomington, Ill.